

## LOS NIETOS DEL WINNIPEG

Hace exactos 77 años llegó a Valparaíso un barco con 2.256 republicanos derrotados de la Guerra Civil Española. El viaje del Winnipeg -una iniciativa de Pablo Neruda auspiciada por el gobierno de Pedro Aguirre Cerda- trajo a jóvenes que luego serían protagonistas de la vida pública chilena: pintores como el recién fallecido José Balmes y Roser Bru, o ingenieros como los hermanos Pey. Hoy algunos de sus nietos asumen la herencia de esa travesía y la proyectan en su propio presente.

> Por Cristóbal Blev Fotos: Sabino Aguad Ilustración de portada: Edith Isabel

egun mi mama, en lo que mas me parezco a mi abuelo es en el mal genio", dice Gracia Castillo Balmes, nieta del pintor José Balmes, Premio Nacional de Artes en 1999 y fallecido este domingo a los 89 años. En el cementerio El Totoral fue su funeral, muy cerca de Isla Negra, donde estaba su casa de descanso. Ahí, sin mal genio y con mucha tranquilidad, ella identifica lo que heredó de este artista y activista político, precursor del informalismo y militante comunista, profesor y sindicalista.

"También comparto con mi abuelo el placer por el debate, que haya distintos puntos de vista, y también un amor profundo por lo nuevo, las vanguardias, lo marginal y lo inesperado".

Como su abuelo, como su abuela —Gracia Barrios— y como su madre—Concepción Balmes—, Gracia también es artista visual. En noviembre

Como su abuelo, como su abuela – Gracia Barrios – y como su madre – Concepción Balmes –, Gracia también es artista visual. En noviembre tendrá una exposición individual en la Casa Museo Michoacán de Los Guindos, en La Reina. A ese lugar llegaron a vivir en 1943 Delia del Carril y Pablo Neruda, que unos años antes, desde Francia, lideró la gestión para que 2.256 refugiados españoles vinieran a Chile en un barco, escapando de la Guerra Civil. Uno de ellos, con apenas doce años

fue José Balmes Parramón.

Hoy, 2 de septiembre, se celebra el aniversario número 77 del arribo del SS Winnipeg a Valparaíso, un carguero repleto de exiliados arribo del SS Winnipeg a Valparaíso, un carguero repleto de exiliados republicanos, derrotados ese año por el ejército de Francisco Franco. Si bien no fue el primero ni el único de los barcos que trajeron españoles a nuestro país, sí terminó siendo el más emblemático, tanto por el glamoroso liderazgo de Neruda –"Este es mi mejor poema", dijo después – como por la multitud que consiguió transportar.

"De todos los barcos que salieron de España con refugiados, este fue el que más pasajeros llevó", dice Julio Gálvez Barraza, autor de los libros Neruda y España y Winnipeg: Testimonios de un exilio. "Ni el Mexique ni el Ipanema, que son los que fueron a México, ni tampoco los que se

del Frente Popular, liderado por el Presidente Pedro Aguirre Cerda. "Los inmigrantes del Winnipeg incidieron en la sociedad chilena", dice Gálvez Barraza, "y la cambiaron para mejor".

José Balmes venía de Montesquiu, una villa catalana de mil habitantes de la cual su padre, Damià, fue alcalde representando a la Izquierda Republicana. Allí tuvo algunas clases de pintura, en las cuales ya demostraba un talento que se terminó de forjar en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. En 1952 se casó con la chilena Gracia Barrios.

"Mi abuelo habió mucho de dónde venía, y siempre lo hizo con mucho parallo", dice Gracia Costilla Balmer. Era un contrador de bistorios inveto y completo de la companya de la company

en camino. "Miles de indeseables rojos, que profanaron templos, que asesinaron, llegarán pronto", advertía *El Diario Ilustrado*, y no fueron pocos

e refugiados izquierdistas. "Muchos diputados y senadores atacaron duramente al gobierno por traer a los republicanos", cuenta Gálvez Barraza. "Se opusieron a que vinieran y cuando llegaron a un leve consenso, le dijeron a Aguirre Ce okey, pero tráigame campesinos y obreros, en ningún caso pensadores



Gracia Castillo Balmes, nieta del pintor José Balmes, con el que vivió toda su vida. "Con mi abuelo comparto el amor por lo nuevo, por las vanguardias, por lo marginal y lo inesperado".

La mano de Neruda, que había sido cónsul en Madrid durante la República, se notó, y finalmente llegaron obreros y artistas, como el mismo Balmes. "Él siempre estará presente en mí", dice Gracia, "tanto en el arte como en su política. Su aporte fue tan grande que siempre lo veré. Ya echo de menos sus historias, las más fascinantes que escuché en mí vida".

## CARCAVILLA: ORGULLO WINNIPEGNIANO

Sentado en la ventana de su oficina –una oficina ondera en una casa grande y antigua de Ñuñoa–, Ángel Carcavilla Portoles (48) levanta la mirada, también las cejas, y tomando un poco de aire canta con acento español:

Si me quieres escribir

Ya sabes mi paradero.

Si me quieres escribir

Ya sabes mi paradero.

En el frente de Madrid Primera línea de fuego.

"Siempre se cantaban las canciones de la Guerra Civil Española en mi casa, en cada celebración", dice Carcavilla, hoy vestido de boina negra y polera verde olivo. "Todavía me las sé".

En su escritorio, con algo de polvo, hay una réplica del Winnipeg, el barco en el que llegaron sus abuelos paternos y maternos, dos familias de la montaña aragonesa que escapaban del Ejército franquista. Eduardo Carcavilla Marcuello, el papá de su papá, era un profesor en el pueblo de Ayerbe, cerca de la frontera con Francia. Durante el conflicto fue comisario de guerra en el bando republicano y estuvo en el frente, peleando en batallas como la del Ebro, la más sangrienta de la guerra: sólo en ella, un año antes de que zarpara el Winnipeg, murieron más de 15 mil soldados.

"Ser winnipegniano era como una nacionalidad para ellos. Siempre se hablaba de eso con mucho orgullo, como si fuera un título de nobleza, diferenciados de los otros inmigrantes que llegaron a Chile buscando riqueza. Ellos eran más intelectuales, más de izquierda, gente revolucionaria que exaltaba su condición de refugiados de la República", dice mientras desempolva su réplica, un regalo que le hizo su mujer cuando cumplió 40 años.

Como su padre y sus abuelos hombres murieron cuando Carcavilla tenía menos de diez años, fue su abuela, Carmen Laguarta Fañanas, quien se hizo cargo de mantener vivo el espíritu aragonés en la familia. Aparte de las canciones, les mostraba fotos a los nietos, contaba historias y les cocinaba bacalao y paella. Y no dejaba de repetirles: justedes son del Winnipeg! "Con ese énfasis, como diciendo: no son cualquiera", agrega. "Eso te genera una identidad fuerte, que he tratado de transmitirla a mis tres hijos".

Cuando la victoria de Franco era inevitable, la familia escapó a Francia cruzando a pie los Pirineos, una cordillera que llega a los tres mil metros de altura, para llegar a un campo de refugiados insalubre en Perpiñán, donde escaseaba la comida. Sin saber mucho de Chile, se subieron al barco recibidos por un poeta vestido de punta en blanco.

"Con una historia así, era imposible ser de derecha", dice. Pero además del izquierdismo –a su abuela la enterraron con la bandera de España republicana, cuya franja inferior en vez de roja es morada–, Carcavilla heredó otros rasgos que según él son fruto de este exilio, como el gusto por la celebración y la necesidad de pertenecer a algo.

"Mi abuela siempre contaba cómo iban desarmando casas a medida que los franquistas avanzaban, y de un día para otro tenían que dejar todo de lado. Por eso tenían un carácter celebratorio permanente, de festejar siempre como si fuera el último día. Yo creo que en mí hay algo de eso, además de un tema con el arraigo. Me he



Los abuelos paternos y maternos de Ángel Carcavilla Portoles llegaron en el barco tras cruzar los Pirineos. "Ser del Winnipeg era como un título de nobleza en mi familia".

comprado casas, trato de tener ciertas cosas que me contextualicen y me fijen en un lugar".

Cada cierto tiempo, Carcavilla vuelve a Ayerbe, el pueblo natal de sus abuelos. Le gusta, porque se reconoce en la gente, en sus apariencias y costumbres. "Cuando estoy allá veo a una señora que tiene mi misma cara, un hombre que se parece a mí. Yo me vuelvo un aragonés cuando estoy allá: por la comida, porque físicamente soy de la montaña, y genotípicamente estoy construido para comer cordero y tomar vino. Yo no tengo frío, estoy hecho para otro clima. Allá, mi cuerpo se instala, se acomoda. Quizá porque los cuerpos de mi padre y mis abuelos están todos ahí en el pueblo, en una ermita. Seguramente, parte de mis cenizas también terminen allá".

## PEY: INGENIERÍA EN ARICA

A mediados de agosto de 1939, el Winnipeg cruzó por el Canal de Panamá, y cuando iba hacia el sur por el océano Pacífico, se detuvo en Arica, que en ese entonces no tenía puerto. El barco ancló en la bahía y el capitán, a falta de un muelle apropiado, tuvo que llegar a la ciudad en bote.

Veinticinco años después, dos pasajeros del Winnipeg, los hermanos Víctor y Raúl Pey, fueron los ingenieros que construyeron el puerto de Arica. Hoy, de hecho, la costanera de la ciudad se llama Av. Ingeniero Raúl Pey Casado.

"El aporte de muchos de estos refugiados fue importantísimo", dice el escritor Julio Gálvez Barraza, "pero nunca se tomó como una contribución en bloque, sino que siempre fueron iniciativas individuales, de sujetos que rápidamente se insertaron en la sociedad chilena".

Raúl Pey llegó a los veinte años junto a sus hermanos Víctor y Diana. Habían cruzado los Pirineos en pleno invierno y luego estado en un campo de concentración en una playa francesa. Si volvían a España, lo mínimo era la cárcel, y la amenaza de los nazis ya se sentía en Francia. El viaje a Chile que organizaba Pablo Neruda apareció como la única salida.

En 1960, Pey llegó a Arica con la misión de construir el puerto. Para eso, levantó una península artificial, uniendo la isla El Alacrán al continente para urbanizar esa zona. Ahí se hizo un club de yates y a él se lo nombró socio vitalicio y honorario. "En vacaciones íbamos todos los días al club", recuerda una de sus nietas, Francisca Garat Pey (36), socióloga en el Ministerio de Salud. "Llegábamos a la una a esperarlo que llegara del trabajo. Casi siempre se atrasaba, hasta que aparecía en una camioneta celeste muy antigua, bajando por la costanera. De ahí se bañaba con mi abuela en la playa, con unos gorros de género en la cabeza".

Francisca pasó muchos veranos en Arica junto a su abuelo, un anarquista catalán que peleó contra el fascismo, y su abuela, Viktoria Tumanoff, una rusa que escapó del régimen comunista después de que su padre fuera deportado a Siberia por los soviéticos.

"Mi abuelo hablaba muy poco de eso", dice ella. "No recuerdo que me haya contado alguna historia sobre la guerra ni del Winnipeg. Sí tuvimos muy presente que escaparon de ella, que cruzaron los Pirineos, que cayeron a un campo de concentración en el país de la libertad y la igualdad. Eso sí lo supimos, pero no nos construyeron una falsa identidad española. Ellos se chilenizaron y nosotros crecimos como chilenos".

Después de salir de la universidad, Francisca estuvo en Barcelona, estudiando un posgrado. Fue al departamento donde vivió su abuelo, que había muerto cuando ella tenía 13 años. Tocó el timbre pero no había nadie. "La ciudad todavía conserva muchos refugios antiaéreos", cuenta, "y varios son estacionamientos pero otros se mantienen como estaban. Te muestran fotos, te cuentan historias de la guerra, sentado ahí mismo donde se sentaban las mujeres y los niños. Mi abuela había muerto estando yo en Barcelona, y no pude viajar al entierro. En uno de esos refugios, encontrándome con la guerra, me puse a llorar".

Francisca es hija de Roxana Pey, la ex rectora de la Universidad de Aysén, a la que la presidenta Bachelet le pidió la renuncia. Su actitud frontal y de una sola línea, al parecer, le complicó su relación con el



Amalá Saint-Pierre Aguadé es nieta de la pintora Roser Bru Llop. "La generación de los nietos gueremos establecernos más que nuestros antepasados"



Francisca Garat Pey, nieta de Raúl Pey e hija de Roxana Pey, la ex rectora de la U. de Aysén. "Mi madre lleva la impronta de mi abuelo: su ética y su manera de ver el mundo".

gobierno. "Mi madre lleva la impronta de mi abuelo totalmente. En términos del trato con la gente, de no ser ganadora, esa humildad y sobriedad que tienen ellos. Y cuando le pidieron la renuncia, fuimos a ver al tío Víctor. Y él dijo: mi hermano estaría orgulloso de la Roxanita, de la pelea que dio. ¿Qué he heredado yo de él? Si hay alguna herencia, esa la ha encarnado mi mamá: una forma de comportarse frente al mundo y las personas".

## BRU: LA NIETA NACIDA EN PAZ

"Mucho se habla de esa gran cantidad de intelectuales que vinieron a Chile en el Winnipeg, pero la verdad es que no fue tan así", dice Gálvez Barrasa. "Los que terminaron sobresaliendo en Chile eran jovencitos, hijos de los mayores que venían en el barco. Balmes tenía 12 años y terminó de decano de Bellas Artes. Víctor y Raúl Pey tenían 20 y 21 años respectivamente, lo mismo que Ricardo Morales. No era gente consagrada en España. Los que sí estaban consagrados no hicieron gran cosa, porque ya eran mayores, y si a un tipo de 40 ó 50 años lo cambias de país, pues lo matas".

Entre esos jovencitos también estaba Roser Bru. Tenía 16 años, le gustaba cantar y tocar el violín, y durante el viaje en barco llevaba bajo el brazo un librito de los pintores impresionistas.

"El único objeto que se llevó de su casa en Barcelona fue ese", dice Amalá Saint-Pierre Aguadé (33), hija de Agna Aguadé Bru y nieta de Roser. "Por lo tanto, durante toda la travesía, su único momento de ocio, de conexión intelectual y espiritual era a través de un libro de los impresionistas. Y yo creo que su opción por ser pintora tiene que ver con que durante 6 meses de travesía eso fue lo único que miró, una y otra vez".

Amalá hoy es directora de teatro, profesora y gestora cultural, pero antes fue un eslabón más de una familia que por más de cien años vivió en distintos destierros. Su bisabuelo, Luis Bru, diputado de la Izquierda Republicana en Cataluña, fue expulsado por el dictador Miguel Primo

de Rivera, en 1924. Ya de vuelta, en 1939, toda su familia, Roser incluida, salieron como refugiados a Francia. Y luego Agna, su madre, fue exiliada por la dictadura en Chile, debiendo radicarse en París. Ahí nació Amalá Saint-Pierre.

"Yo soy la primera generación nacida en paz en ese sentido", dice. "Soy la primera que me siento en la libertad y con el marco ideal para poder detenerme y reflexionar, y poder contarlo desde el punto de vista de alguien que no lo ha vivido".

Ella venía en las vacaciones a Chile, y se quedaba con su abuela Roser, en la casa que tenía en avenida Ossa. "Tengo el recuerdo de mi abuela siempre metida en el taller, sin dejar de pintar. Y hablando siempre de sus historias de la guerra y el viaje en el Winnipeg".

Desde chica se sintió responsable de rescatar la memoria de su familia, de preguntar insistentemente detalles, anécdotas y relatos. "Les preguntaba todo, llegaba incluso a hacerlos enojar. Me decían: ¡cómo me voy a acordar 60 años después de qué color era el vestido que tenía cuando me subí al barco!". Así supo, por ejemplo, por qué a Roser Bru nunca le ha gustado comer lentejas.

Arriba del Winnipeg, durante el mes entero que duró el viaje, los pasajeros comieron lentejas todos los días. "De esa manera", dice Amalá, "no es que la lenteja sea buena o mala, es lo que ella genera como recuerdo. Ese plato de legumbres, que puede estar riquísimo, es el símbolo del exilio, la evocación de la guerra".

Una vez que regresó a Chile, a fines de los ochenta, Amalá ha vuelto a vivir en Francia y en España. Aunque lo ha hecho de manera voluntaria, reconoce que no es fácil, que en cada viaje le cuesta partir, algo que lo ve con aún más fuerza en sus primos. "Efectivamente, la generación de los nietos queremos establecernos más, no sufrir ese desarraigo. Yo miro a mis primos, también nietos de mi abuela Roser, y ellos se sienten profundamente chilenos, con sus familias chilenas, sus maridos chilenos, sus casas chilenas. Eso es algo que, quizás a la fuerza, heredamos de los que llegaron en el Winnipeg".